

*Regimiento de Castilla.*—Teniente don Fernando Mallote, empleo de capitán.

Subteniente, don José Martín, empleo de teniente.

Sargento primero, don Plácido Negrete, empleo de subteniente.

Además se han concedido 188 cruces de María Isabel Luisa pensionadas con 30 y 10 reales mensuales, y algunas sencillas á la clase de tropa.

En la noche que siguió á la acción que hemos referido, no dejaron de oirse un solo momento horribles y lastimeros quejidos que salían de entre los barrancos y el bosque por donde habían subido los moros, no pudiendo ser sino de los heridos olvidados ó abandonados en la precipitación de la fuga que emprendieron. Al amanecer, una manada de nervos se cernía sobre los mismos lugares, teatro reciente de tantas escenas de mortandad y de sangre. La guerra, diosa cruel que siempre pasea su rojo estandarte por entre cádaveres y escombros, vista de cerca y vistos los funebres resplandores que cubren su manto, impone siempre y cubre de dolor y de tristeza por oraciones más animosas y esforzadas.

En una carta particular escrita en el seno de la confianza por el general O' Donnell, dice en uno de sus párrafos: Me siento orgulloso de mandar tales tropas: con lodo hasta el tobillo, durmiendo en el suelo, con diluvios por espacio de días enteros, ni el buen humor del soldado cede, ni su ardimiento flaquea. Los moros son valientes hasta el fanatismo; pero son más valientes nuestros soldados. Los mejores tiradores han debido sucumbir, porque en la acción del 15 de diciembre nuestras pérdidas fueron comparativamente mucho menores. Son muchos los soldados que han muerto dos y tres moros por su mano. Gracias á Dios, mi salud no se ha resentido en lo más mínimo.»

Todas las noticias recibidas del teatro de la guerra están contestes en describir el buen humor de nuestros soldados en el campamento. Ni aun en medio del fuego les abandona esa bulliciosa y festiva alegría que les hace mirar los peligros con indiferencia y la muerte con desprecio. Eran de oír los oportunos dichos y las salidas graciosas con que amenizaban nuestros hermanos el siniestro espectáculo de una batalla. Ya era uno que remedaba el mahullido de un gato; ya otro que el disparar, mandaba expresiones de su carabina para el mozo á quien hería; ya quien se lamentaba de no poder poner «sobre» á las balas para mandar sus correspondencias á Muley-Abichuela, como llaman los soldados al hermano del Emperador; ya quien calificaba de canto de pájaros el silbido

de los proyectiles que pasaban por encima de su cabeza. Era preciso verlos para admirar á esos pobres muchachos, la mayor parte casi unos niños, tan valientes, tan sufridos, tan dispuestos para toda empresa heroica, tan disciplinados, en fin, que todavía desde que salieron de sus guarniciones no han dado motivo para que se forme una sola sumaria. ¿No habla la sola enunciación de este hecho, que es de todo punto exacto, con más elocuencia que podríamos emplear en elogio de nuestro ejército?

El terrible aguacero que cayó durante los días 17 y 18 de diciembre, vino á inundar el campamento de nuestro ejército causando algunas desgracias personales y destruyendo no pocos efectos y material de guerra. Todas las cañadas que tanto abundan en los montes del Otero donde están situadas nuestras tropas, se convirtieron en impetuosos torrentes, el campamento parecía una inmensa laguna y la última noche en que tan horribles aguaceros iban acompañados de un furioso viento de aval, y de grandes truenos que retumbaban con estrépito por aquellas cuencas, la última noche es de todo punto indescriptible.

Algunas acémilas y no pocos caballos eran arrastrados por las aguas apareciendo por la mañana ahogados en las cañadas; muchas tiendas, reblandecida la tierra en que se apoyaban, vinieron al suelo; otras, en que no se había tomado la precaución de abrir las cauce al rededor, estaban llenas de agua y nadie, desde el general en jefe hasta el último soldado, se libraba del terror de los desencadenados elementos.

Pero para que se vea lo que es el carácter español y lo que son nuestros soldados, debemos consignar que en medio de esta escena de devastación y de horrores no se oían imprecaciones, sino carcajadas y risas; no se veían lágrimas, sino jovialidad y alegría. Por acá veíanse á tres ó cuatro sosteniendo el palo de su tienda para que no se cayera, más allá á otros abandonando sus camas porque había caído al suelo la fragil casa de lienzo que los guardaba de la intemperie; otros grupos con su sorda linterna encendida buscaban hospitalidad en tienda más segura, unos cantaban y se paseaban filosóficamente esperando con barro hasta las rodillas, la venida del día y el toque de diana, otros refunfuñaban y gruñían, formando todos un cuadro, alumbrado á la luz de las linternas, en que todas las tintas y todos los tonos andaban mezclados, que ni el pincel de Goya en sus momentos de exaltación calenturienta podría reproducir.

El 20 de diciembre se trabó otra reñida acción en los bosques

de Anghera; y como siempre, los enemigos quedaron terriblemente escarmentados, teniendo nuestras tropas la fortuna de escapar con pocas bajas, á pesar de que la lucha fué empeñadísima, sobre todo en la primera hora en el reducto Isabel II, de nuestra derecha, y dos ó tres horas antes de caer el sol hácia el campamento del general Ros de Olano, ó sea nuestra izquierda.

Serian las once y media cuando el general en jefe recibió aviso del Hacho, anunciándole que por el boquete de Anghera habían penetrado unos seis mil moros y quinientos caballos, y seguían llegando enemigos en gruesos pelotones que se extendían por toda la línea. Inmediatamente hizo tomar posiciones á diferentes cuerpos de la división, vanguardia, dió órdenes para adelantar dos baterías y para que se adelantasen también algunos batallones de la división Zabala, montando en seguida á caballo con todo su estado mayor.

Aun no había llegado el general en jefe al reducto Isabel II, cuando ya el estampido del cañon y el fuego de nuestras guerrillas anunciaban la proximidad del enemigo. El general Gasset había dispuesto que se dejase aproximar á los moros, para que nuestra metralla pudiese producir efecto en sus filas, y así sucedió en efecto; de modo que en media hora, ó acaso menos, con el fuego de nuestros reductos y con los doce cañones de las dos baterías que había tenido el conde de Lucena la gran prevision de hacer adelantar, se consiguió diezmar y dispersar completamente al enemigo. Este que había tenido la insigne torpeza de internarse en la espesura de un bosque inmediato al glasis de nuestro reducto, huía despavorido ante un fuego tan vivo de cañon que mantenía constantemente en el aire seis ú ocho granadas que reventaban entre ellos; y como si esto no fuera bastante, simultáneamente nuestras cornetas tocaron su ataque general á la bayoneta, lanzándose oficiales y soldados sobre el bosque en donde se habían guarecido los enemigos.

Ante el constante fuego de nuestros cañones y las bayonetas de nuestros soldados, que eran unos verdaderos leones, los enemigos huyeron y en media hora se decidió la victoria de una manera completa en nuestro favor. En esta accion cayó en nuestro poder un prisionero, el primero que se había hecho durante la campaña, cuya captura fué debida al denuedo é intrepidez de un sargento y un soldado de Mérida y dos soldados de Barbastro.

El prisionero fué conducido al reducto de Isabel II, donde sufrió con estóica resignación la cura de tres heridas levisimas que

tenía en el rostro, en la muñeca derecha y en el pecho. Su continente era altivo y grave; hasta parecia que en su ademán se reflejaba el fatal; *Dios lo quiere!* que tanto valor, tanto heroísmo y tanto sufrimiento ha inspirado siempre á todos los pueblos musulmanes. El moro prisionero tiene como unos cincuenta años; es alto, y anguloso; su fisonomía, mas que vulgar, es grosera y selvática. Tiene las cejas espesas, la mirada penetrante, la nariz roma y aplastada, la boca hundida y la barba larga y canosa por la punta, como es costumbre entre ellos. Llevaba un jaique sucio de lana, del mismo color de las mantas de nuestros soldados, con la capucha levantada y caída sobre los ojos; una camisa de algodón y unos calzoncillos blancos que le llegaban hasta la mitad del muslo. Iba con las piernas descubiertas, y calzaba unas zapatillas amarillentas y terrosas.

Al principio se manifestaba receloso, pero pronto la confianza empezó á renacer en su corazón. Cuando observó el esmero con que curaban sus heridas, su fisonomía se animó, y dijo con tranquila calma á uno de los intérpretes que le acompañaban: «¡Que Dios proteja á los españoles, como protegen á sus enemigos!» Después pidió agua, y se le presentó una fresquera que llegó apenas á los labios, poniéndose en seguida en pie para seguir á sus conductores. Los soldados se arremolinaban á su paso para verle; y él de vez en cuando levantaba el dedo índice de la mano derecha al cielo, como diciendo: *¡El lo ha dispuesto!* Apenas llegó al cuartel general, se le dió una taza de caldo que bebió con ansia; se le dió un cigarrillo que tomó con bastante recelo preguntando antes si contenía alguna sustancia venenosa. No satisfecho con la respuesta del intérprete, deslió el cigarro, le miró detenidamente y cuando se convenció de que solo se componía de tabaco, le desmenuzó en las palmas de las manos para sorberlo después en polvo. Allí estuvo silencioso é impassible, como un cuarto de hora, hasta que por orden superior fué conducido á uno de los hospitales de Ceuta, donde se encuentra convenientemente asistido y como de seguro no se imaginó él nunca.

El prisionero, que como se ha dicho, fué cogido por los cazadores de Mérida y Barbastro á quienes dió el general en jefe cuatro duros y la cruz de Isabel II pensionada, se llama Besem-el-áam-ben-el Susi-Amuri; pertenece á la tribu de Beni-Amar, que ocupa el territorio de Benzú, y su pueblo es Arcila, pobre ciudad de la costa que contendrá escasamente 1,000 habitantes, y que es sin embargo célebre en la historia de la Península, entre

otros muchos hechos, por haber desembarcado en ella el infortunado rey D. Sebastian. Besem-el-aam nació en Orán y emigró á Marruecos cuando los franceses hicieron prisionero á Abd-el-Kader. Mostrábase en el hospital sumamente agradecido á las atenciones que con él se tenían, y nunca se le caía de los labios la frase favorita de: ¡Dios proteja á los españoles! Es en extremo grosero y rudo, tanto, que habiendo pedido café, fué menester servirselo en un puchero porque no acertaba á tomar el vaso como carecia de asa.

A la mañana siguiente, dice un testigo presencial, el moro se estaba atracando de bizcochos y vino, y habiéndole preguntado si no era pecado para ellos el beber vino, contestó riéndose; *Cristiano, hacer lo que ver*. Se le preguntó tambien porque asesinaban á nuestros heridos y heridos, siendo eso una crueldad. *Porque allá los moros dicen*, contestó, *que tu sacar tripas de todos moros que coger vivos; pero que cuando ellos saben es vivo el que agarras vivo, no matar*. El general O Donnell estuvo haciendo al prisionero varias preguntas. Dijo éste que lo pasaban muy mal de comer, pues solo les daban para todo el dia dos galletas y un puñado de arroz. El sueldo consiste en once cuartos el dia que se baten, y en que descansan solo perciben cuatro. Dijo el infeliz, que en la accion del 15 cuando volvieron derrotados, su general sacó uno por compañía y les dió cincuenta paños en la barriga y los herró en la espalda.

¡Qué sentimiento tan poderoso es el de la familia aun entre los pueblos bárbaros! Aquel hombre que habia soportado la cura de sus heridas, y las humillaciones de su prision con la mayor impasibilidad, se enterneció como un niño al acordarse de su hogar y de sus hijos. Se comprende muy bien la mezcla intima de placer y de melancolía que debió apoderarse de su alma al recordar en medio de unos enemigos que él habia creído implacables y que le cuidaban, sin embargo, como á un hermano, el amor de sus hijos que tal vez le llorarian muerto. Así es que manifestó deseos de escribirles, asi como á varios parientes de su tribu para que fuesen á verle, cosa muy puesta en razon si hubiera quien se encargara de su correspondencia. Este infeliz es casado en segundas nupcias con una hermosa jóven. De su primera mujer tiene dos hijas, cuya suerte le preocupa mucho mas que su desgracia; parece que se proponia llamarlas á Ceuta.

Terminada bien pronto y decisivamente la accion que venimos refiriendo, por el extremo derecho de nuestra línea, se oian bas-

tantes disparos de infantería en la izquierda del cuerpo de Ros de Olano interrumpidos por el estampido de los canones. Inmediatamente el general en jefe dispuso trasladarse al lugar de la accion, enviando á decir al general Ros que el enemigo, completamente disperso en la derecha, podia correrse á la izquierda, en donde al parecer se sostenia con alguna esperanza.

La distancia que hay de uno á otro punto del reducto de Isabel II al campamento Ros de Olano, era de mas de legua y media; pero el general en jefe que es infatigable, se trasladó desde luego allí y con él todos los que le acompañaban. Los moros, como de ordinario, se habian parapetado detrás de una cordillera para hacer fuego, y los generales de nuestras tropas queriendo evitar efusion de sangre inútil, habian dispuesto que nuestros soldados tampoco hicieran fuego sino detrás de los atrinchamientos que cerraban el campo, escogiendo posiciones y ocultando alguna caballería á las órdenes del bizarro ayudante del general en jefe don Enrique Serrano, por si querian los moros salir á campo llano. No lo hicieron así, y el fuego se sostuvo por una y otra parte sin que hubiera muchas bajas en ninguna, aunque algunas granadas dirigidas con certera puntería debieron causar á los moros bastante estrago.

Parece que al retirarse nuestros soldados del campo de batalla encontraron muchos rosarios; los moros usan rosarios, cuyas cuentas en número de ciento, son segun los recursos del dueño, de diferentes materiales; pero mas generalmente de raiz de boj ó de ébano. El moro creyente apenas suelta su rosario y no deja en todo el dia de murmurar en voz monotoná la frase que constituye su principal oracion.

Además de estos rezos, el moro tiene obligacion de ir á la mezquita cinco veces al dia, la primera á las dos de la madrugada, la segunda al amanecer, la tercera al mediodia, la cuarta á las cuatro de la tarde y la última á las siete; pero á pesar del entusiasmo que profesan por su religion, son pocos los que cumplen exactamente con estos deberes y por esto no suelen estar muy concurridas las mezquitas.

En estas no se encuentran imágenes ni adornos de ninguna especie; pero hay gran número de lámparas en medio de las cuales se coloca el santón para pronunciar en alta voz los versículos del Coran, que los circunstantes repiten imitando la entonacion y los gestos del que está oficiando. Como no se conocen en Marruecos las campanas, hay mezzuines ó sacerdotes encargados de

señalar la hora de las oraciones, subiendo á la torre de la mezquita, y agitando un banderín colocado en la punta de un palo. Hecha esta señal se vuelve el mezzuin hácia el Sur donde se halla la Meca, y poniéndose los dedos en los oídos grita con toda la fuerza de sus pulmones. « Dios es Dios y Mahoma es su Profeta. » repitiendo despues estas palabras en las demas direcciones.

De esta manera sabe el público la division del tiempo, puesto que los pocos relojes que existen en el país, se hallan solamente en las principales mezquitas de las grandes poblaciones.

Las mezquitas subalternas repiten la señal dada por la primera y entonces acude cada uno á lo que le merece la preferencia. Al entrar, todos se descalzan, besan la tierra y se lavan la boca, la nariz, las orejas y la planta de los piés, con cuya operacion se figuran que están purificados y redimidos de sus pecados.

Durante el tiempo que permanecen en sus templos, sentados en unas esteras, no se atreven á toser ni escupir y no hablan con nadie á no ser un caso de extrema necesidad.

No están admitidas las mujeres en las mezquitas para que su vista no cause distraccion ó sugiera ideas impuras. Tienen, pues, que hacer sus devociones en casa, aunque poco las vale, puesto que segun la ley del Profeta, no tienen entrada en el Paraiso.

Por el interés y consideracion que ofrece, reproducimos en este sitio la orden general que fué leida al tercer cuerpo de operaciones el dia siguiente á la accion de los bosques de Anghera.

« Orden general para la division para el 21 de diciembre de 1859, en el campamento de la Concepcion. »

Con fecha de ayer, el cuartel general del tercer cuerpo comunica la orden siguiente. Soldados del tercer cuerpo: en cinco dias habeis combatido tres veces; la primera mientras dabais un frente mortífero al enemigo, saludábais con otro frente respetuoso la piadosa enseña que de las augustas manos de S. M. la Reina nuestra señora pasaba á nuestras filas. La segunda vez marchabais entre las balas del moro y sobre la aspereza de este suelo con la pausa y la simetria que lo hariais en una parada.

La tercera resistiais en una línea estensa, un ataque tan multiplicado como bárbaro, diezmando á los contrarios, y las tres veces hablaban las armas por nosotros, formando así elocuente contraste con los alaridos de los marroquíes. Este silencio y aquellos alaridos irán diciendo, á medida que avancemos á dónde va llegando la civilizacion. Soldados: vuestro comandante en jefe ha esperado de intento á que las dos divisiones combatieran para po-





**D. ANTONIO ROS DE OLANO**

General del tercer cuerpo del ejército de Africa

der significar su satisfaccion y dar gracias á las tropas de su mando sin escepcion de cuerpos ni individuos; la infantería ha estado brillante, la artillería activa, oportuna y certera, los ingenieros han multiplicado su inteligente esfuerzo en mitad del fuego, y la caballería ha buscado con codicia la ocasion de señalarse; el ilustrado estado mayor, los ayudantes de campo y oficiales á las órdenes, así divisionarios como del cuerpo de ejército, todos han rivalizado en esceder sus deberes en los tres combates consecutivos. Elevo á conocimiento del Excmo. señor capitán general en jefe de este ejército los hechos de armas del tercer cuerpo, y en tanto los distinguidos generales Turon y Quesada, que en la region de su alto empleo interpretado tambien el espíritu de mis disposiciones así como los señores jefes de brigada reciban el testimonio de mi gratitud consignado en esta orden general, dada en el campamento de la Concepcion á 20 de diciembre de 1859.—*Ros de Olano.*

Entre los muchos episodios de la guerra actual que se han dado á conocer, no dejan de ser curiosos los siguientes que refieren varios testigos oculares.

«En el combate del 20 de diciembre, un soldado que tenia vencido á un moro, le dijo amenazándole de muerte: *Di viva Isabel II*, y aun otra vez se lo repitió sin que aquel se diese por entendido: al contrario, vencido y todo, trató de acometer al vencedor que se vió obligado á cumplir su amenaza.

«Un presidario, todos los de esta clase se batien admirablemente, luchaba con un moro, y convencido de su impotencia física, trató de apelar á la astucia para deshacerse de él: al efecto fingió tirar del fusil para manejar la bayoneta que el otro asia fuertemente, y en uno de estos esfuerzos soltó la culata y cayó de espaldas el moro; entonces le fué fácil recobrar su arma.

«Un soldado fué cogido por la cartuchera, y el moro hacia esfuerzos para llevarlo á su campo, mientras aquel los hacia adelante para escapar, apoyando en tierra la culata de su carabina: de repente, suspende la respiracion aminorando su cintura y desabrochó la correa dejando el moro, no solo burlado, sino con castigo, porque entonces el soldado usó con libertad de su bayoneta.

«A otro soldado que se batió bizarramente siendo testigo el general en jefe, le dijo este:—Bien te has batido: di ahora: ¿Qué quieres?—Seguirme batiendo, contestó el soldado. Sobre el mismo campo de batalla recibió la cruz de San Fernando.